

¿Puede un católico ser ecologista?

Tras la publicación, en 2015, de la Encíclica *Laudato Si*, y en 2020, de la Exhortación post-sinodal *Querida Amazonía*, el papa Francisco inauguró en mayo de 2022 la Escuela *Laudato Si*, un proyecto que anima a jóvenes de todo el mundo a proteger el medio ambiente. Se ve, pues, que para el actual Pontífice el tema de la ecología es predominante. Que los políticos hablen frecuentemente de la ecología y tomen las decisiones para proteger el medio ambiente, ¿quién podrá echárselo en cara? Pero que la suprema autoridad de la Iglesia haga de la ecología una prioridad de su gobierno y el tema predilecto de su enseñanza solemne, es de lo más sorprendente.

¿Cuál ha de ser la actitud del católico ante la contaminación y los supuestos peligros que corre nuestro planeta? ¿Debería un católico ser ecologista, y hacer bandera de la ecología?

1º El amor y respeto por la naturaleza.

La Santa Iglesia nos enseña a respetar la naturaleza, por ser la obra de Dios. «*Todo lo que Dios ha hecho es bueno*», dice la Escritura (Sab. 11 25). Por eso, despreciar la naturaleza significaría despreciar al mismo Autor de la naturaleza.

Este deber del cristiano hacia la naturaleza se manifestó admirablemente en San Francisco de Asís, quien veía en la naturaleza la obra de Dios. La criatura le servía para comprender al Creador. Por ejemplo, cuando sentía la solidez incommovible y la fuerza de las rocas, reconocía a la vez cuán fuerte es Dios y qué firme apoyo nos ofrece. La contemplación de una flor en la frescura de la mañana le revelaba la pureza y la belleza de Dios. Los piquitos de los polluelos, abiertos con ingenua confianza, en los nidos de los pájaros, le hacían comprender la infinita ternura del corazón de Jesús.

San Francisco de Asís quería también que toda la naturaleza se uniera a su acción de gracias a Dios. En Asís, entre los olivos de la Porciúncula, exclamaba: «*Hermana cigarra, debes cantar las alabanzas de Dios*», e inmediatamente su hermana la cigarra se ponía a cantar, hasta que el Santo le decía que se callara.

San Francisco de Asís veía asimismo en las criaturas símbolos de realidades divinas. Por ejemplo, amaba el agua que le recordaba el sacramento del Bautismo y la limpieza del alma. Por eso, cuando se lavaba las manos, elegía un lugar don-

de las gotas de agua que caían de sus manos no pudiesen ser pisoteadas. Sobre las rocas, ponía su pie con cuidado, porque pensaba en esta piedra simbólica que se llama «*la Piedra angular*», símbolo de Jesucristo. Cuando un hermano talaba madera en el bosque, le pedía que dejara una parte de cada árbol, para mantener la esperanza de que este árbol volvería a reverdecer, en memoria de la cruz del Gólgota.

Al final de su vida, el pobre de Asís compuso el *Cántico de las criaturas*, llamado también *Cántico del sol*, que nos recuerda el cántico de los tres jóvenes en el horno de Babilonia. En el Antiguo Testamento se cuenta que tres jóvenes del pueblo hebreo se negaron a adorar a un ídolo, por lo que fueron arrojados inmediatamente a un horno de fuego, mas, por milagrosa protección divina, no recibieron ningún daño. Entonces, en medio del horno, entonaron un himno de acción de gracias:

«Alabad al Señor, todas las aguas que fluyen; alabad al Señor el sol y la luna, las estrellas en el cielo. Alabad al Señor, lluvia y rocío, fuego y calor, pájaros del cielo, animales salvajes», etc.

En ese mismo espíritu, San Francisco de Asís compuso su cántico:

«Alabado seas, Señor, con todas tus criaturas, y especialmente por nuestro hermano el sol, que nos da el día y por quien nos iluminas, y que es hermoso y radiante, y que, con su gran esplendor, nos habla de Ti, oh Altísimo. Y alabado seas, Señor, por nuestras hermanas, la luna y las estrellas, que creaste en el cielo, claras, preciosas y hermosas. Y alabado seas, Señor, por nuestro hermano el viento, por nuestra hermana el agua, por nuestro hermano el fuego», etc.

San Francisco miraba la naturaleza con una mirada de fe. Su mirada se dirigía a Dios en acción de gracias. Nosotros también, cuando admiramos la belleza del mar, de las montañas, de las estrellas o del campo, sentimos cómo nuestro espíritu se eleva hacia Aquel que los creó.

En este sentido, sí es un deber para todo católico amar, respetar y proteger la naturaleza, que es obra de Dios.

2º Desprecio de las cosas de la tierra.

Sin embargo –y aquí es donde estamos obligados a distanciarnos de las enseñanzas de las autoridades modernistas–, la Santa Iglesia ha enseñado siempre que el desprecio de la tierra es muy bueno e incluso necesario. En la Misa del Sagrado Corazón de Jesús rezamos así: «*Enseñanos a despreciar las cosas de la tierra y a amar las realidades del cielo*». Asimismo, en la fiesta de San Pedro Damiano –23 de febrero–, pedimos «*que el desprecio de las cosas de la tierra nos haga obtener los gozos eternos*».

Estas oraciones fueron suprimidas en el misal de Pablo VI. ¿Por qué? Porque los modernistas se niegan a despreciar las cosas de la tierra. Sólo quieren mirar el lado positivo de las realidades terrenales. Su mirada es desequilibrada y utó-

pica, de un optimismo que deja de lado la dimensión sobrenatural de nuestra vida humana. Es una mirada pagana que olvida nuestro verdadero destino que está en la otra vida, y olvida también que el hombre, herido por el pecado original, se siente seducido y engañado por las sirenas de este mundo. No que el mal esté en las cosas, sino en nosotros, que les damos un valor y un aprecio exagerado.

Por eso decía San Pablo a los Colosenses: «*Buscad las cosas de arriba, saboread las cosas de arriba, no las de la tierra*» (Col. 3 1-2).

San Juan de la Cruz, en su libro *Subida del Monte Carmelo*, explica bien cómo la fe sobrenatural nos hace considerar el mundo:

«Toda la bondad de las criaturas del mundo, comparada con la infinita bondad de Dios, se puede llamar malicia; porque nada hay bueno sino sólo Dios (Lc. 18 19)... Y toda la sabiduría del mundo y habilidad humana, comparada con la sabiduría infinita de Dios, es pura y suma ignorancia, según escribe San Pablo a los Corintios (I Cor. 3 19), diciendo: La sabiduría de este mundo, delante de Dios es locura... Y todo el señorío y libertad del mundo, comparado con la libertad y señorío del espíritu de Dios, es suma servidumbre, y angustia, y cautiverio... Y todos los deleites y sabores de la voluntad en todas las cosas del mundo, comparados con todos los deleites que es Dios, son suma pena, tormento y amargura... Y todas las riquezas y gloria de todo lo criado, comparado con la riqueza que es Dios, es suma pobreza y miseria; y así, el alma que lo ama y posee es sumamente pobre y miserable delante de Dios, y por eso no podrá llegar a la riqueza y gloria, que es el estado de la transformación en Dios.»

Estas palabras son un eco del Eclesiastés: «*Vanidad de vanidades, y todo es vanidad*» (Ecl. 1 2). De hecho, los bienes de la tierra son corruptibles, precarios, efímeros, fugitivos, insuficientes, vanos, irrisorios, engañosos.

3º ¿Cómo conciliar estas dos obligaciones aparentemente contradictorias?

Así pues, por un lado, los bienes terrenales son amables y respetables; mas por otro lado, no son más que vanidad y estorbo para nuestra salvación. ¿Cómo las cosas de la tierra pueden ser a la vez amables y despreciables? ¿Cómo salir de esta contradicción? Gracias a un don del Espíritu Santo, que es el *don de ciencia*.

El *don de ciencia* nos hace tener un juicio correcto de las criaturas, dando una justa valoración de las cosas creadas. Al ver en estas realidades terrenales una ocasión de pecado, llena al hombre de tristeza y de lágrimas. Por eso, según San Agustín, la bienaventuranza de los que lloran responde al don de ciencia: «*Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados*» (Mt. 5 5). Este don consigue como recompensa la alegría espiritual ya en esta vida, pero sobre todo en la vida eterna.

Este don de ciencia explica las lágrimas de Santa María Magdalena cuando se dio cuenta de la gravedad de sus faltas. Este don explica también las lágrimas de San Pedro después de su triple negación. Estos dos Santos lloraron su apego

desordenado a los bienes de la tierra, que les hizo descuidar su deber y traicionar el amor que debían a Nuestro Señor.

El llanto y la tristeza por la vanidad de las cosas terrenales, y por el apego excesivo de que nos sentimos llenos, es una señal de que tenemos un juicio lúcido sobre las criaturas.

Los insensatos, por el contrario, ven en las criaturas la meta de la vida. Por eso ponen toda su esperanza en la vida terrena, gastan todas sus energías para mejorar la vida de los hombres en esta tierra, al paso que se burlan de la vida eterna. Lo cual es una verdadera locura. A ellos se les puede aplicar lo que el Apóstol dice escribiendo a los Romanos (1 22): «*Teniéndose por sabios, se hicieron necios.*»

Conclusión.

Vemos, pues, que la naturaleza y la tierra pueden alejarnos de Dios, si los consideramos sin fe, con una mirada pagana. El principal peligro consiste en concederle más importancia a la materia que al espíritu, al cuerpo que al alma, a lo que es corruptible que a lo eterno.

Por ejemplo, tal ecologista militante trabaja voluntariamente para proteger ciertas aves en peligro de extinción, lo cual puede en sí mismo ser loable; pero al mismo tiempo, está a favor del aborto: para él, las aves tienen más valor que los seres humanos. Tal otro ecologista trabaja con celo por reducir la emisión de dióxido de carbono, lo cual puede ser digno de encomio; pero, con este fin, no envía a sus hijos al catecismo ni los lleva a misa los domingos, para limitar sus contaminantes viajes en coche: para él, la calidad del aire es más importante que el alma inmortal de sus hijos.

Por lo tanto, las cosas de la tierra son despreciables en la medida en que pueden desviarnos de Dios, y en cuanto que su valor objetivo es irrisorio en comparación con la eternidad; y estas mismas cosas son amables y respetables en cuanto provienen de Dios y tienen que conducirnos a Dios.

Resumiendo, si la ecología consiste en respetar la naturaleza y sus leyes, entonces todo católico debe ser ecologista. Pero si la ecología consiste en darle más importancia a nuestro planeta que a la vida eterna –y tal es el significado que se le da actualmente–, entonces hay que rechazarla. La preocupación por el medio ambiente, en un cristiano, no puede ser una prioridad. Oigamos a Nuestro Señor:

«No os preocupéis diciendo: ¿Qué comeremos, o qué beberemos, o con qué nos vestiremos? Pues los gentiles son los que se preocupan por todo esto. Que bien sabe vuestro Padre celestial que tenéis necesidad de todas estas cosas. Buscad primero el reino de Dios y su justicia, y todo lo demás se os dará por añadidura» (Mt. 6 31-33).

Padre BERNARD DE LACOSTE
Sacerdote de la Fraternidad Sacerdotal San Pío X